

JUANITO

SEUDÓNIMO: NONO

Todos le llaman Juanito. Dicen que de pequeño —ahora calculan que tiene alrededor de cuarenta años— le dio un "aire" y desde entonces anda mal de los nervios, sobre todo cuando el viento de levante sopla con rabia, que es como sopla siempre. Entonces Juanito no sale de su casa, en la que vive con la madre ya anciana. Cuando se le pregunta, a su madre claro, que cuantos años tiene su hijo dice que los tiene todos y que no le parecen tantos como algunas malas lenguas pregonan.

Juanito se pasa todo el día en la estación de tren dedicado al acarreo de maletas y a sacar billetes para los viajeros cuando hay mucha cola, siempre que se le dé el dinero justo. Se sabe todos los precios de memoria. «Juanito dos a Setenil» «Once con veinte jefe» Así todas las estaciones. No tiene tarifa, siempre pide la voluntad.

A Juanito le gusta sentarse en un banco del andén y ver pasar los trenes, soñar que los conduce y que muchas personas dependen de su pericia para llegar al destino. Por allí pasan trenes rápidos, regionales, expresos, incluso talgos. Una vez lo dejaron subir a la locomotora del TAF y pudo tocar la bocina. Sueña que viaja en primera clase con Marifé, la vendedora de los billetes, de la que está enamorado sin que ella lo sepa. Sobre su hombro, ella apoya la cabeza y él la acaricia con ternura. Nunca llegan a ninguna estación, viven en un eterno viaje que le permite estar siempre juntos y enamorados.

Lo que más le gusta es poner lazos para cazar. Coloca los alambres con tanta habilidad que la presa que se engancha le es imposible zafarse. Nunca caza al abrigo porque dice que algún día los cazadores pagaran caro ese mal trabajo, y que no se puede ir por ahí destruyendo madrigueras, destrozando perros y zorros con las peleas y dejando esa mala imagen. Solo caza en la boca de las tuberías y entre las vías, donde acuden muchos animales buscando comida por la noche.

Para su trabajo de maletero se ayuda de un artilugio especial en el que, como suele ocurrir con las ideas decisivas, debió intervenir la casualidad. Le llama la "escaleta", porque sirve de escalera y para llevar las maletas. Se compone de dos brazos largos acabados en sendas ruedas de pequeño diámetro y cinco travesaños de una bien estudiada separación y perfectamente anclados. Se le ocurrió una noche en la que el correo de Madrid venía con un retraso de horas. Cuando el tren entró en agujas, los pasillos y las plataformas se veían repletos de personal intentando ser los primeros en abandonar el convoy. La única salida o entrada sin congestionar eran las ventanillas. Así fue como Juanito ideó la manera de que los viajeros del último vagón, mitad primera y la otra mitad coche-cama, subieran o bajaran del tren por la ventanilla con toda tranquilidad utilizando su escaleta, en la que después colocaba el equipaje para llevarlo hasta la parada de taxis.

Posteriormente a cada intervención —como gustaba llamar a sus acarreos— Juanito se sentaba en la cantina a tomarse algo a lo que siempre le invitaban. Nunca tomaba alcohol, lo tenía

prohibido por el médico, y cuando alguna vez lo hizo se volvía como loco y decía unos disparates tremendos. La cantina era el único bar que permanecía abierto toda la noche ya que entre viajeros y noctámbulos se hacía una buena caja. Sus mejores clientes —por ser las que más gastaban— eran las señoritas del “Club el Paraíso” que cerraba a las seis de la mañana y siempre iban a desayunar. A esa hora llegaba Juanito y se sentaba con ellas a esperar el expreso de Algeciras que hacía su entrada a las siete. Las chicas lo apreciaban y le gastaban bromas dejándose acariciar por él. Menos cuando estaba el cabo Flores de servicio. Era el jefe de la brigadilla que venía en el rápido de la tarde y se volvía al otro día en el expreso de la noche, dos veces en semana; en ambos trayectos viajaba en el trasportín del pasillo por donde debían pasar en algún momento todos los viajeros, lo que le permitía interrogar a los que consideraba más sospechosos de llevar cosas de estraperlo.

El individuo era rechoncho, calvo y en su cara parecían dibujarse los rasgos de una edad inmóvil. Sobre el labio un enorme bigote que daba a su dueño un aspecto siniestro. Juanito evitaba coincidir con él en la estación. Le guardaba un profundo rencor desde el día que lo sorprendió en el despacho de billetes tratando de abusar de Marifé. Le dio un empujón para que la soltara y el cabo se revolvió atizándole bofetones hasta hacerle sangrar. Si no llega a ser por el visitador aun estaría pegándole. El hombre vio toda la escena mientras cumplía con su misión de golpear las ruedas en busca de fisuras y salió en su ayuda. Desde entonces le guardaba un odio visceral que el tiempo solo conseguía acrecentar. Tenía la esperanza de encontrar la ocasión de poderle devolver ciento por uno.

Mientras tanto era feliz con su escaleta, a la que algunos le proponían patentar para que nadie pudiera copiársela, incluso debía llegar a un acuerdo —le decían— con algún empresario que financiara su producción a gran escala, seguro de que conseguiría hacerse rico. Pero Juanito no hacía caso de cantos de sirena y se limitaba a esperar a sus clientes asiduos, en su mayoría viajeros de comercio, para bajarlos por la ventanilla sin necesidad de esperar y llevarles el numeroso muestrario que transportaban hasta la parada de taxis.

Una tarde la estación vio alterada su tranquilidad con la llegada de ambulancias y coches de policía. Alguien no había hecho uso del paso subterráneo y atravesó las vías sin percatarse de la llegada del rápido de Madrid que no tenía parada en el pueblo. Cinco kilómetros necesitó el convoy para detenerse. El cuerpo del desgraciado quedó desparramado a lo largo de este espacio donde los servicios funerarios fueron recogiendo los restos en un arcón. Se trataba del cabo Flores, el de la brigadilla. El forense prestó atención a un pie rodeado de un lazo de acero por el tobillo. Concluyó que la muerte se había producido por una negligencia del peatón al cruzar por el paso sin barrera y quedar atrapado en el cable que se extiende paralelo a un raíl.

Juanito, sentado en su escaleta, observaba la escena con cara de satisfacción.